

MELÉNDEZ VALDÉS, JUAN (1754-1817)

ÉGLOGAS

ÍNDICE:

ÉGLOGA I

Batilo

ÉGLOGA II

Aminta

ÉGLOGA III

Mirtilo y Silvio

ÉGLOGA IV

El zagal del Tormes

ÉGLOGA I.

Batilo

BATILO. ARCADIO. POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo día con su lumbre dora,
Mientras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avecillas a la aurora.
La cabra trepadora,
Ya suelta se encarama
Por el monte enramado:
Vosotras de este prado
Paced felices la menuda grama;
Paced, ovejas mías,
Pues de abril tornan los alegres días.

Mejórase la tierra

De verdor coronada,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y exercen sus contiendas los pastores.
Todo el prado es amores:
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces paxarillos,
Y con susurro blando
Por la vega el arroyo huye saltando.

Así qual es sabroso,
Después de noche fría,
El rojo del alba al mustio prado,
O qual tras enojoso
Invierno el alegría
Plácido sol de abril vuelve al ganado;
Así qual al cansado
Pastor que tras hambriento
Lobo corrió es la fuente;
Tras el marzo inclemente
Tal es a mí del céfiro el aliento,
Y qual a abeja rosa,
Del campo así la vida deliciosa

Apenas ha nacido
El día en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre exido
Saco, ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van brincando.
Mientras el sol se va alzando,
Mil zelosas porfías
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mías;
Y si la noche viene,
El estrellado cielo me entretiene.

Mas por aquella loma
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando
El dulce Arcadio asoma:
Sus voces regaladas

Más y más cada vez se van notando.
También viene cantando
Qual yo de la florida
Estación: salir quiera
A encontrarle primero;
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta a su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quien viendo el alegría
De este florido prado,
Y el brillo y resplandores del rocío,
La hambrienta porfía
Con que paca el ganado,
Y el soto lejos, plácido y sombrío,
Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el ayre hace;
No sentirá movido
El corazón y el ánimo embebido?

Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso;
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado
Y tierna yerba de pacer sabroso;
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas;
Y pueden las pastoras
Baylar alegres las ociosas horas.

No a mi gusto sea dado
Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento;
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas sí cantar contento

Sentado a par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tormes deslizarse sosegado.

Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? ¡Tan de mañana
Quan bien a mi deseo
a suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto
Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono que de los valles es encanto,
Y el ganado alborozza,
Y el choto jugueteón por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas antes al viento
Suelta esa voz suave
Que a todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desdén vencer sabe,
Y ablandar como cera a tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Quando te dio el cayado
Por el manso peynado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será a tu canto
Este rabel, que un día
Me dio en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino
Del Tormes cristalino
Formó en él la corriente,

Que parece ir riendo;
A lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente;
Y la ciudad de lejos.
Del sol como dorada a los reflexos.

A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta,
Mientras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastín se adelanta,
Y a otra zagala fiestas viene haciendo;
Todo que lo está viendo
Lejos un ciudadano,
El semblante afligido
Y en cuidados sumido,
Haciéndole a otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Ríe entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamás fue tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de Otea;
Qual por abril el llano
Con rosas mil galano;
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y a contender cantando le provoca.

De flores coronadas,
Más lindas que las flores
Y el cabello en la espalda al viento dado
Van baylando enlazadas,
Causando mil ardores,
Las zagalejas en el verde prado.
Un anciano está a un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,

Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja
Y la teta al hambriento corderuelo;
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo;
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,
Y a pastor peregrino
Descanso en su camino;
Dulce el ameno valle es al ganado,
Ir a mí dulce la vida
Del campo, y grata la estación florida.

Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil quadrillas;
Y gozen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.

Las inocentes horas,
De júbilo y paz llenas,
¿Dónde mejor se gozan que en el prado?
¿Quién mejor las auroras
Ve alborear serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?
¡Venturoso cuidado!
¡Mil veces descansada,
Pajiza choza mía!
Ni yo te dexaría
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues sólo en ti poseo

Quanto alcanzan los ojos y el deseo.

¿Para qué el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que engendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo,
Que no techos pintados,
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frío;
Y quando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para baylar un roble entero.

Aquí en la verde grama
Oyga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo;
Aquí evite la llama
Con mi pastora al lado
Del sol subido a la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O texa en su regazo
De ellas guirnalda o lazo,
Y arrúllenme las blandas tortolillas,
Quando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y a mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,
Que llenan los oteros
De cabras y corderos,
Y dexa a los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que a las mismas serranas enagena.

Mas bienes no deseo,
Ni quiero más fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna,
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dio ayer Galatea,
Fílís este cayado,
Y este zurrón leonado
La niña Silvia que mi amor desea;
Mas yo a Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

Pues quando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería
A la ciudad por sus hechizos vanos,
¡Con su ingenio divino
Que cosas no decía
Después de los falaces ciudadanos!
Aun a los más ancianos
Si te acuerdas pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dallados pechos.
Yo zagalejo entonces la escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.

El semblante sereno
Y el corazón dañado,
Qual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera,
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsías,
Y doncellas vendidas por sus madres:
Esto contaba Elpino
De la ciudad, después que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fue a la guerra,
Y vio las tierras donde muere el día,
Que en nada semejaba
El río de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponía.
Me acuerdo que decía,
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros ríos.

Que entonces el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazón en tal cuita;
Qual si débil balido
De herida oveja oístes,
O choto que su madre solicita,
¡O ceguedad maldita,
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos míos,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navíos.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver más que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro río.
Aquí no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, o hiela el frío.
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en unión perfeta,
Y el sol y helado cierzo,
Nos dan salud y varonil esfuerzo.

Todo es amor sabroso,
Alegría y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso

Murmura la ventura
Del otro a quien da el cielo más ganado;
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata;
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo;
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.

Como las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas,
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador a todas horas.
Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena a mi oído,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡O soledad gloriosa!
¡O valle! ¡o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! ¡o limpia fuente!
¡O vida venturosa!
¡Serenos y claro río,
Que por los sauces corres mansamente!
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y feliz armonía
Del uno al otro día.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.

El cielo despejado
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del zéfiro forma el blando aliento;

Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspensión a el alma dexa;
Y a sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.

No aquí esperanza o miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus días
Sin entregarse a pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,
Y él con sencillo zelo
Da bendición al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves a la aurora.

Sin rezelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le vieron;
Y hora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los xilgueros nido hicieron;
Si al lagarto sintieron
Sus tiernos corderillos,
Ríe qual se espantaron,
Corrieron o balaron:
Hora al yugo acostumbra los novillos;
Hora fruta o flor nueva
En don alegre a su zagala lleva.

Con las serranas viene
A triscar por el prado,
Y en guirnalda la sien de frescas flores:
Ni entonces libre tiene
Su pecho otro cuidado,
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y ruidos,
Pues no en tales gemidos

Dos tortolillas querellarse vistas,
Qual canta en voz sonora
De amor un zagalejo a su pastora.

La fruta sazonada
¡Con qual dulce fatiga
De la rama se corta! ¡quan gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo o colorín vistoso!
¡Quan grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!
¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, quando el alba asoma!

Así Tirsi decía,
Que la primera gente
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivía
En la edad inocente,
Antes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Quando la encina daba
Mieles, y leche el río;
Quando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.

Y cierto ¿quantas veces
Los más altos señores
Vienen a nuestras pobres caserías
Sin pompa ni altiveces,
A gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?
Las rústicas porfías
Que los zagales tienen,
Miran embelesados,
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen,
O de baylar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.

Aquí Delio y Elpino
Moraron, y el famoso
Que dixo de las Magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Betis undoso;
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡O grata vida! ¡o quanto
Me gozo en ti seguro!
De flores coronado
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe Arcadio, y gozemos
Tan feliz suerte, y a la par cantemos.

ARCADIO.

Qual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichón que la enamora,
Qual yedra enmarañada
Que a reposar convida,
Y qual agrada el bayle a la pastora,
Tal tu canción sonora
Es, zagal, a mi oído:
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Qual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa
Ser debe, o con el cardo la azucena;
Ni así aquel, desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena
Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñaron
Allá en su plaza un día;
Yo sus burlas reía,
Y ellas de mis desprecios se enojaron.
Volvíme a mis corderos,
Y a gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo a mi Elisa amada
Fui compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta había:
Qual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucía.
¡Quan bella parecía,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abararon,
Envidias mil causaron,
Y se hicieron a un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mío,
De tu firmeza mi ventura fío!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermocean,
Y del olmo la vid es ornamento;
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento;
Al bosque el manso viento;
Tú a todo nuestro prado
Le das, Filena mía,
La risa y alegría.
Al sentirte venir bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,
O a la liebre el tomillo,
Qual a Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con menos agonía
Huye del gabilán la garza ayrosa,
Que Elisa desalada

Corre de la ciudad a su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo,
Por el mi manso un choto,
Para llevarlo en don a sus amores;
Yo para ti lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ambos ruiñeños.
¡Ay! ¡si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre a tu lado!
¡O en colorín mudado,
Continuo mis amores te cantara!
¡O hecho flor me cortases,
Y a tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No a la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con xilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada,
Ni a tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡O fuente! ¡o valle! ¡o prado!
¡O apacible ganado!
Si el canto de Batilo es más subido
Que el de los ruiñeños,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La alondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso,
El ciervo en selva umbría
Con su petr se alborozar,
Y con el agua el ánade pomposo.
Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas,
Quando de nueva luz el sol las dora;

Y a Arcadio mi tonada,
Y a todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Así loando fueron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se dieron
Del Álamo en la fuente,
Llevando allí a pastar sus ganadillos:
Y yo que logré oillos
Detrás de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldixe de mi estado.
De entonces la ciudad me fue enojosa,
Y mil alegres días
Gozo en sus venturosas caserías.

ÉGLOGA II

Aminta

A Aminta y Lísis en unión dichosa:
Amor unido había,
El casto Amor de la inocencia hermano.
Lísis qual fresca purpurante rosa
Que abre su cáliz virginal del día
Al suave aliento, por Aminta ardía;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, quando lejos de ella
Su cándido ganado apacentaba.
Eran dos niños por común ventura
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Así blondos y hermosos,
Qual entre las zagalas bulliciosos

Sin venda ni arco en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no rezelen,
Suelos los amorcitos vagar suelen
Quando las danzas del abril florido.
En ellos y en su Lísis embebecido

Del pasto alegre del vicioso prado,
Aminta revolví
A su feliz cabaña su ganado,
Y el sol laso entre nieblas se perdía,
Quando asomar por el opuesto exido
Los vio el padre feliz. ¡O! ¡qué alegría
Con su vista sintió! ¡como su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Qual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luego al cielo en gratitud ferviente;
Y así cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡O mis lindos amores!
¡Mitad del alma mía!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!
Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando a vuestro padre afortunado;
Y qual risa del prado
Es el fresco rocío,
Dulce júbilo sed del pecho mío.

¡Ah! ¡con que gozo veo
Plácidos ir girando
En lenta paz mis años bonanzosos,
Quando en feliz recreo
De mi cuello colgando
Inocentes reía; o bulliciosos
En juegos mil donosos
Triscáis por la floresta
Tras los cabritos en alegre fiesta!

El colorín pintado
Que en la ramilla hojosa
Se mece, y blando sus cuidados trina,
El vuelo delicado
Con que la mariposa
De flor en flor besándolas camina,
La alondra que vecina
Al cielo se levanta,
Todo os es nuevo y vuestro pecho encanta.

En vuestra faz de rosa
Ríe el gozo inocente,

Y en los vivaces ojos la alegría;
Vuestra boca graciosa
Y la alba tersa frente
Son un retrato de la Lísis mía.
La blanda melodía
De vuestra voz remeda
La suya; pero en mucho atrás se queda.

¡Y el candor soberano
De su pecho divino!
¡Y su piedad con todos officiosa!
Yo vi su blanca mano
Del mísero Felino
Socorrer la indigencia rigurosa.
Clori en su congojosa
Suerte llorar la viera,
De su amarga orfandad fiel compañera.

Sola estás; mas el cielo
Si te roba, exclamaba,
La cara madre, te dará una amiga;
Y a la triste en su duelo
Sollozando alentaba.
Clori la abraza en su cruel fatiga,
Y sus ansias mitiga
En su seno clemente:
Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.

De entonces mas perdido
La adoré, y ciego amante
Sus pisadas seguí por selva y prado.
Así en el ancho exido
Con balido anhelante
Corre a su madre el recental nevado.
Oyó en fin mi cuidado,
Y mi feliz porfía
Coronando, su mano unió a la mía.

Vosotros, mis amores,
Sois el fruto precioso
Del dulce nudo y bendición del cielo,
De mil suaves ardores
Galardón venturoso,
De nuestras ansias plácido consuelo,
Renuevos que el desvelo
De mi cariño cría

Para gozarme con su pompa un día.

Creceis, y mi mano
Os cubrirá oficiosa,
Qual tiernas plantas de la escarcha cruda,
El cielo soberano
Con bendición gloriosa
Hará que el fruto a la esperanza acuda,
Y delectosa ayuda
En la vejez cansada
A mí seréis y a vuestra madre amada.

Entonces nuestra frente
El tiempo habrá surcado,
De tristes rugas, el vigor perdido:
Tal el astro luciente
Se acerca sosegado
Al Occidente en llamas encendido.
Pero habremos vivido,
Y hombres os gozaremos,
Y en vosotros de nuevo viviremos.

El ganado que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados
Que hora a cantar me atrevo,
Hará más dulces vuestro aliento nuevo.

En humilde pobreza,
Mas en paz y ocio blando,
Luego mi Lísis y yo reposaremos,
Sobre vuestra ternera
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondremos.
Plácidos gozaremos
Su celestial frescura,
Y os colmarán los cielos de ventura.

Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegría,
Y habitará la dicha su cabaña.
Pasto el valle abundoso

Siempre a su aprisco cría:
Ni el lobo fiero a sus corderos daña;
Nunca el año le engaña,
Y en su trono propicio
Acoge Dios su humilde sacrificio.

A sus dulces desvelos
Ríe blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura,
Y de hermosos hijuelos
Qual oliva viciosa
Le cerca, y en servirle se apresura.
De inefable ternura
Inundando su seno,
Cien nietos le acarician de años lleno.

¡O mis hijos amados!
Sed buenos, y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada.
Sobre vuestros sembrados;
Os dará leche el río,
Y miel la añosa encina regalada.
Vuestra frente nevada
Lucirá largos días...
¡Ay oyga el cielo las plegarias mías!

Con delicado acento
Así Aminta cantaba,
Bañado el rostro en delicioso llanto
Y el feliz pecho en celestial contento;
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba.
Llegó do estaban, y cesó su canto,
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueteón le quita
Y el balante ganado ufano rige,
Que al redil conocido se dirige;
Mientras el más pequeñuelo se desquita
Con mil juegos graciosos,
Soñar queriendo con la tierna boca
La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos
Llegando a la alquería,
Caen las sombras y fallece el día.

ÉGLOGA III

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¿Dónde, Mirtilo amado,
Tan cuidadoso, tan veloz caminas?
¿Dónde? el caro redil abandonado.

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
A mi gentil, zagala, Silvio mío,
Que cogí en el vergel; aun salpicadas
Ve en líquido rocío
Sus tiernas hojas, pero muy más bellas
Sus mexillas rosadas
Son y su boca más fragante que ellas.
Voy, Silvio pues, ¡el pecho se alborozal
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo, y retírome de un lado
Con paso respetoso.

Luego al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mías más le agrada,
Porque me sienta allí. La zagaleja
De timidez y gozo palpitando,
El blando lecho silenciosa dexa,
Y asómase a escuchar: mira el fragante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante.
Tómalo y ríe, a la nariz hermosa
Lo llega, y en su aroma regalado
Pensando en su Mirtilo cariñosa
Absorta se embebece;
Yo envidiando mi ramo afortunado.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Mientras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarilis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,

Parte entre rosas agraciada prende;
Mas rebelde al amor qual dura roca.
Así pues te de blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que qual tuya será tierna y suave.

MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,
Así porque no sabe
Mi sencilla afición negarte nada,
Como por ocuparme afortunado

En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa,
Y la alba luna que en el alto cielo
Su carro guía en magestad serena,

Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven,
Y el labio y el rabel al canto mueven,

Oye pues, Silvio: la zagala mía
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el bayle llevaba.

Viólo mi loco amor, y así decía,
Mientras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turgente:

¡O! si yo feliz fuera
Ese clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes.

¡Quan fino y cariñoso
Su nieve palpitante
Delicioso empapara
En mi aliento suave!

Sobre él las hojas tiernas
¡O dicha imponderable!
Tendiera, y sin zozobra
Lograra en fin gozarle.

Viera, si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo amor, o de nieve
Mezclada con su sangre:

La fuerza que lo agita
Quando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma donde sale:

De do el olor subido
Le viene, y que contraste
Con sus turgentes globos
La lisa tabla hace.

Viera, si el breve hoyuelo
De do esta tabla parte
Es lecho de azucenas,
Do Amor dormido yace.

Pues si a gozar el ámbar
De mi encendido cáliz
Tal vez la nariz bella
Inclinaras afable,

¡O! ¡y qual lo dilatara!
¡Quan tierno, quan amante
El tuyo inundaría
De gozos celestiales!

Y con tu aliento unido
Me deslizara fácil
Por él, hasta que ardieras
Del fuego que en mí arde.

Bebiera tus suspiros:
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas
Bebieras tú anhelante.

Mas ¡ah! que helada y muerta

Gozar la flor no sabe
Bien tanto, y en mil ansias
Mi pecho se deshace.

Clavel, ¡o Amor! me torna,
O cefirillo amable;
Y siempre a mi bien siga,
Y en mi ámbar la embriague.

Ya Mirtilo callaba,
Y aun Silvio embebecido
Sin sentirlo prestaba
Al eco tierno un silencioso oído.
Volvió en fin y le dice: el bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo
No igualan con tu voz, zagal dichoso.
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora;
Pero muy más el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada
Que entallé diestro de arrayan y flores;
Tan fácil premio mi amistad desea
A tus tiernos ardores.
Recibióla Mirtilo, y más contento
Que el ciervecillo juguetón y exento,
Brinca en pos de su madre en la pradera,
A poner fino el ramo afortunado
Vuela en planta ligera
A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV

El zagal del Tormes.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullicioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estío
Las horas pasan en feliz reposo,

A Dios quedad: vuestro zagal os dexa;
Que allá del Ebro a los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.

Ya mas, o Tormes, tu corriente pura
Sus ojos no verán: no sus corderas
Te gustarán, ni los viciosos pastos
De tus riberas gozarán felices.
No más de OTEA las alegres sombras,
No más las risas y sencillos juegos,
Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aquí han corrido,
Qual estas lentas cristalinas aguas
Riendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros días.

De las dehesas del templado extremo
Vine extraño zagal a estas riberas,
Quando mi barba del naciente bozo
Apenas se cubría, y en las ramas
De los menores árboles los nidos
Pudo alcanzar mi ternezuela mano
De los dulces pintados colorines.
Aquí a sonar mi caramillo alegre
Me enseñó Amor, y el inocente pecho
Palpitando sentí la vez primera.
Aquí le vi temer. y a la esperanza
Crédulo dilatarse, qual fragantes
A los soplillos del favonio tienden
Sus tiernas galas las pintadas flores,
Quando en mayo benigno el sol les ríe.

Con planta incierta discurriendo ocioso
En inocencia y paz, libre y seguro
Cantar me oísteis, y volver mis trinos
Parlero el monte en agradable juego.
Llevar me visteis mi feliz ganado
Del valle al soto, y desde el soto al río:
Bañado en gozo, quando el sol hería
Mi leda faz con su naciente llama,
En dulce caramillo y voz suave
Su lumbré celebraba y mi ventura.

Mis ovejillas del caliente aprisco
Saltando huían con balido alegre,

Seguidas de sus cándidos hijuelos,
Al conocido valle, do seguras
Se derramaban, y ladrando en torno
Mi perro fiel con ellas retozaba.
Otros zagales a los mismos pastos
Sus corderos solícitos traían,
A par brindados de la yerba y flores;
Y juntos baxo el álamo que cubre
Con sombra amiga y susurrantes hojas
La clara fuente, en pastoriles juegos
Nos viera el sol en su dorado giro
Perder contentos las ardientes horas,
Que en torno de él fugaces revolaban.

Viónos la noche y el brillante coro
De sus luceros, repetir los juegos
Entre las sombras del callado bosque;
Y a mí embargado en contemplar el giro
De tanta luz, o la voluble rueda
Con que del año la beldad graciosa
Ornan del crudo enero el torvo ceño,
Del mayo alegre las divinas flores,
Las ricas mieses del ardiente estío,
Y de olorosas frutas coronado
El otoño feliz, las maravillas
Cantar de Dios con labio balbuciente
En tierno gozo palpitando el pecho,
Y sonando otra voz muy más canora
Que de humilde pastor mi dulce flauta.

¡Delicia celestial, ante quien baxo
Es quanto precia el cortesano iluso
De oro, de mando, o deleznable gloria!
No allí a nublar tan inocente gozo
El pálido temor, no los cuidados
Solícitos vinieran, o la envidia
Sesga mirando, su cruel ponzoña
Pudo sembrar en maestros llanos pechos.

Todo fue gozo y paz, todo suave
Santa amistad y llena bien andanza.
En Plácida igualdad muy más seguros
Que los altos señores, nunca el día
Nos rayó triste, ni la blanca luna
Salió a bañar con su argentada lumbre
Nuestra llorosa faz, qual allá cuentan

Que en las ciudades y soberbias cortes
La noche entera en míseros cuidados
Los ciudadanos desvelados lloran.

¡Tanto bien acabó! Como deshace
Del año la beldad crudo granizo,
Que ayrada lanza tempestosa nube,
Y la dorada mies, del manso viento
Antes movida en bulliciosas olas,
Ya entre sus largos surcos desgranada
Del triste labrador la vista ofende;
Así el hado marchita mi ventura,
Así a dar fin a mi apenada vida
A tan lejanos términos me lleva.

¡Ay! ¿para qué? de mis fugaces años
A más nunca tornar desaparecieron
Los más serenos ya, y acaso a hundirse
Los que me esperan de dolor conmigo
Corren infaustos en la tumba fría.
Pasó qual sombra mi niñez amable,
Y a par con ella sus alegres juegos;
Relámpago fugaz en pos siguióla
La ardiente juventud: danzas, amores,
Cantares, risas, doloridas ansias,
Dulces zozobras, veladores zelos,
Paces, conciertos agradables, todo
Despareció también; y el sal me viera,
Entre rosas abriendo a la galana
Primavera las puertas celestiales,
Seis lustros ya sus bienhechores rayos
Mirar contento con serenos ojos.

¡Y hora habré de dexar estas riberas
Donde vivo feliz! ¡y estos oteros!
¡Este valle! ¡este río en libre planta
Cantando veces tantas de mí hollados
No veré mas! ¡y mis amigos fieles!
¡Y mis amigos! ¡O dolor! con ellos
Aquí me gozo y canto; aquí esperaba
El trance incierto de mis breves días,
Y que cerrasen mis nublados ojos
Con officiosa mano. ¿A qué otros bienes?
¿Otras riquezas y cansados puestos?
¿A qué buscar en términos distantes
La dicha que me guardan estas vegas,

Y estas praderas y enramadas, sombras?

Mi choza humilde a mi llaneza basta,
Y este escaso ganado a mi deseo.
Téngase allá la pálida codicia
Su inútil oro y la ambición sus honras;
Que igual alumbra el sol al alto pino
Y al tierno arbusto que a sus plantas nace.
Mas ya partir es fuerza: bosque hojoso,
Floridos llanos, cristalino Tormes,
Quedad por siempre A DIOS; dulces amigos,
A DIOS quedad, A DIOS; y tú indeleble
Conserva, árbol pomposo la memoria
Que impresa dexo en tu robusto tronco
Y sus letras en lágrimas bañadas.

Aquí Batilo fue feliz; sus hados
Lo conducen del Ebro a la corriente.
Pastores de éste suelo afortunados,
Nunca olvidéis vuestro zagal ausente.
Id, ovejillas, id, y tan dichosas
Sed del gran río en los lejanos valles,
Qual del plácido Tormes lo habéis sido
Con vuestro humilde dueño en las orillas:
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

V

Jovino

Jovino, Batilo.

POETA

La luna plateada,
mirándose en el Betis sosegado,
y la noche enlutada
a Febo han ahuyentado,
cuando Batilo el ható conducía
por una estrecha vía
y a su amado Jovino va buscando,
al son de su rabel así cantando:

BATILO

¡Oh querido Jovino!,
que a Orfeo igualas en tañer la lira,
y tu cantar divino
las deidades admira,
oye de tu Batilo los clamores;
los acentos cantores
lleven a tus oídos su llegada,
cerca de tu chocilla y tu morada.

POETA

Jovino, pues, sentado
a la entrada le espera; mas sacando
su instrumento pintado,
ansina fue cantando:

JOVINO

¡Oh Batilo!, la miel más regalada
de la abeja, pastada
con tomillo de Hiblea o amaranto,
no me es tan dulce a mí como tu canto.
Tú a Venus amorosa,
que danzas guía con sus tres criadas,
con tu voz deleitosa
las tienes encantadas,
y los cíclopes fieros martillando
te van acompañando,
entre tanto Vulcano, diligente,
por oírte sale de la fragua ardiente.

POETA

A la sombra de un pino
se juntan, sus fortunas alabando.
Dio principio Jovino,
Batilo fue alternando;
y olvidados del sueño y sus delicias,
del campo las primicias
con los dones de Ceres ensalzaban,

y al son de su rabel así cantaban:

JOVINO

El Betis caudaloso
corre pausadamente murmurando
por el bosque frondoso,
y se están ensayando
las aves a cantar de mil maneras,
y en las verdes laderas
brinca altiva la cabra trepadora,
cuando Febo las cumbres con luz dora.

BATILO

Un pausado arroyuelo
hace mil juegos en el verde prado,
creciendo con el hielo
del monte desatado;
él riega de las ramas agobiadas
las frutas maduras,
y allí junto, en la sombra más amena,
la dulce flauta el pastorcillo suena.

JOVINO

Ya el jabalí cerdoso
en las redes con perros enredamos;
ya del corzo temoso
los cuernos consagramos
a Diana en su templo laqueado;
y ya con el arado
el sulco hendemos en la dura tierra,
si que ningún cuidado nos dé guerra.

BATILO

O ya al olmo crecido
rodeamos la hiedra cariñosa,
o en el campo florido
con la liga engañosa
a la agorera grulla delicada

o la perdiz pintada
sujetamos contentos y gozosos,
libres de los cuidados afanosos.

JOVINO

También cuando el verano
saca su coronada frente afuera,
con nuestra propia mano
arrancamos la pera
y nuestras ovejuelas ordeñamos
entre los verdes ramos;
y a la hora de siesta convidando,
la abeja está en las flores susurrando

BATILO

A todo nuestro canto
los allegados montes dan oídos;
somos con otro tanto
de ellos correspondidos;
aquí posan las náyades graciosas,
y estas selvas hermosas
para su habitación han escogido.
¡Tanto les preocuparon el sentido!

JOVINO

Agora la perdida
hoja recobra el bosque más frondosa,
el aire inspira vida,
la selva deleitosa
otra vez verde avena ha producido,
y en el árbol crecido
las ramas otra vez han retoñado
que el podador con su hoz había cortado.

BATILO

El céfiro amoroso
en estas selvas reina suavemente,
y el Betis caudaloso

se mueve lentamente;
ya el prado lleva hiedra trepadora,
y el lilio que enamora,
con las rosas y el trébol verde oscuro,
y en la vid el racimo ya maduro.

JOVINO

Ya es tiempo que ciñamos
la frente con coronas olorosas,
y que el laurel cojamos
con las nevadas rosas;
la casia, la viola y lirios buenos,
con acantos amenos;
azucenas, jazmín, con clavellinas,
tomillos y otras hierbas muy divinas.

BATILO

Aquí la fuente fría
enriquece los campos deleitosos
y tempera del día
los ardores fogosos.
La nieve, con los soles derretida,
con horrenda caída
baja de la montaña presurosa.
¡Oh feliz vida!, ¡vida deleitosa!

POETA

Los pastores dichosos
de este modo acabaron sus loores,
celebrando gozosos
de Ceres los primores.
Tú, mi flauta, colgada de este pino,
su voz y son divino
admira, pregonando su alegría,
y en aquesto te emplea noche y día.

Batilo

(Dedicada a doña María Andrea de Coca)

POETA

Cual suele lamentando blandamente
con voz süave y doloroso canto
el cisne fenecer su dulce vida,
así Batilo en amoroso llanto
y ardientes ayes, de su ninfa ausente,
el ánima despide dolorida;
y con ansia crecida,
viéndose ya muriendo
y el grave mal sintiendo
que por momentos en su pecho crece,
con nuevo aliento que el dolor le ofrece
suelta de llanto una profunda vena
y al punto desfallece,
que el dolor de sentido le enajena.
Mas luego que en su acuerdo ha ya tornado
después de un gran desmayo que le oprime
y en que piensa acabar el sin ventura,
no como debe su dolor redime;
antes vuelve al lugar acostumbrado
y empieza a lamentar con más ternura,
y a aquella hermosura
que es causa de su muerte
llama en la acerba suerte
con una voz muy blanda y amorosa;
y acusando la ausencia rigurosa,
luego pide a los dioses celestiales
que con muerte dichosa
quieran poner ya fin a tantos males.
Otras veces en medio de un desierto,
do zagal nunca fue con su ganado
y él por ser retirado le buscaba,
soltando allí la rienda a su cuidado
quedaba desmayado y como muerto,
y así la oscura noche le encontraba.
Luego se retiraba
tras sus pobres ovejas,
diciendo tristes quejas
del riguroso trance en que se vía;
y cuando ya en las redes las tenía,
con dolores de muerte más crecidos
de nuevo prorrumplía

en lágrimas amargas y en gemidos.
Quien le viera llorar tan lastimado,
con flaco aliento y dolorosas voces,
de su largo penar lástima habría.
Las fieras y animales más atroces
hubo ya con sus quejas ablandado,
y aun las duras montañas conmovía.
Tú, divina María,
que mi voz escuchaste
y en algo la apreciaste
cuando en el margen de tu Tormes blando,
que entre guijuelas corre susurrando,
canté de tu belleza entre las flores,
contigo razonando
de ovejas, de cabañas y pastores,
en tanto que Fortuna rigurosa
deja de perseguirme y de apartarme
de aquel tan dulce bien que yo tenía,
dígnate, pues que canto, de escucharme
con presencia benigna y amorosa,
cual atendiste entonces mi Talía,
ora el alegre día
pases en la cabaña
por la abrasada saña
del ardiente León que arroja fuego,
ora en sutil labor o blando juego,
o ya en el prado con ligera planta.
No desdeñes mi ruego,
y escucha a tu Batilo, que así canta:

BATILO

¡Oh, afloja, dolor fiero, un poco afloja,
fiero dolor, y deja de oprimirme,
y deja el pecho y corazón cuitado!
Que ya basta, ¡ay dolor!, basta a rendirme
el largo padecer y la congoja
que en mi terrible ausencia me ha tomado;
bástame mi cuidado
y bástanme mis penas:
no con otras ajenas
quieras ejercitar el sufrimiento,
faltándome en las propias el aliento.
Oh, deja de afligirme, dolor fiero;

déjame en lo que siento,
pues lejos de mi bien, amando muero.
Ausente de mi bien y mi cabaña,
por la ingrata Fortuna aquí traído,
de muy cerca la muerte estoy mirando,
y yo, desventurado y afligido,
la llamo porque corte su guadaña
a tela que el dolor va ya cortando.
Llámola suspirando;
mas ella, por cansarme
y más atormentarme,
el golpe me dilata rigurosa,
¡oh bárbara piedad, oh indigna diosa!,
quedando en tan acerba y triste suerte
yo con ansia amorosa,
luchando con la vida y con la muerte.
Así, de esta manera padeciendo,
pobre de bien y falta de contento,
voy de mi larga ausencia los dolores.
Crece mi mal; y al paso que lo siento
yo atajándole voy, y él va creciendo
y sus llagas haciéndose mayores.
¡Oh terribles dolores!,
¿a dó me habéis traído
de flaco y de rendido,
que ni aun alzarme puedo de este suelo,
regado con mi llanto y con mi duelo,
ni de aquí, de este sitio, ya apartarme,
por más que pido al cielo
ayude mi flaqueza para alzarme?
Mis pobres ovejillas, fatigadas
del ardor de la siesta calurosa,
la sombra en los espinos van buscando,
y la frescura verde y deleitosa
del arroyo echan menos las cuitadas,
y del mucho calor están balando;
y yo, aquí suspirando
sus balidos oyendo,
me estoy enterneciendo
y de ellas no me cuido, antes las dejo
vagar solas en tanto que me quejo
del rigor de mi ausencia y de mis hados,
demente y sin consejo,
pues quejándome aumento mis cuidados.
Mas aunque los aumente, no por eso
callaré escarmentado, ni bastante

será, aunque más padezca, a escarmentarme,
que siempre en mi penar seré constante;
y crezca de mis males el proceso,
crezca, si hartos no son, hasta acabarme;
crezca, y para angustiarme
prevenga la Fortuna mil penas una a una
y opóngalas cruel contra mi suerte,
pues aquí me ha de hallar tan firme y fuerte
que por más que me aleje la esperanza,
darme podrá la muerte
primero que en mi amor tope mudanza.
Acuérdaseme bien toda la historia
y aquel largo proceso tan sabroso
en que amor me enredó del primer día;
luego un placer sintiendo glorioso,
me vienen de repente a la memoria
mil casos de contento y alegría,
y del bien que tenía
me toma la esperanza
y dulce confianza
de volverlo a gozar cumplidamente;
y tan dulce recreo el alma siente
que aunque está mil dolores padeciendo,
los niega y los desmiente
y de esperanza sola está viviendo.
Así doy a mis penas algún vado,
y algún rato descanso en mi fortuna
y procuro alentarme en la tristeza,
mas luego de mi ausencia la importuna
memoria a ocupar vuelve mi cuidado
y empiézame a afligir con más crujeza;
y con tanta fiereza,
por modos tan extraños,
me ofrece nuevos daños,
que sin poder valerme ni abastarme,
en brazos del dolor vuelvo a hallarme,
y luego soy allí tan abatido
que ni aun puedo quejarme,
tan grande es su rigor y tan crecido.
Acuérdome la noche tenebrosa,
llena de oscuridad y de temores,
que la postrera fue de mi ventura;
luego se me figura en sus horrores
la triste comitiva que llorosa
conmigo lamentó mi desventura.
¡Ay, con cuánta ternura

y con cuáles gemidos
del corazón salidos,
sin poder de sus brazos desasirme,
me fueron rodeando al despedirme
los mis dulces amigos, que leales
me daban al partirme
de su dolor las últimas señales!
Y yo cuitado, entre ellos vacilando,
ni tiempo ni lugar había tenido,
ni espacio a prevenirme en una hora;
como improviso el mal había venido,
mi ausencia supe y me partí llorando.
Ya se asomaba la galana Aurora,
que de arreboles dora
y de purpúreas lumbres
las empinadas cumbres,
plazo fatal a mi partida amarga.
¡Oh, fueras esta vez, noche, tan larga,
fueras tan larga como yo quería,
y con tu fría carga
la Aurora detuvieras que salía!
Entonces, ¡ay!, entonces, yo demente,
¡qué extremos hice, de dolor movido!
Miré los cielos y acusé los cielos,
y fui a hablar y no pude, que oprimido
súbito me sentí de un accidente,
doloroso descanso a mis desvelos.
Crecen mis desconsuelos
habiendo de partirme
sin poder despedirme
de mi querida Filis, que pudiera,
si en desconsuelo tanto allí me viera,
siendo la causa Amor de un mal tamaño,
hacer que me partiera
con corto alivio en mi prolijo daño.
Pero todo se niega a mi fortuna,
todo, si no es los medios de angustiarme,
que así el tirano Amor lo ha decretado
y la suerte lo ordena por probarme,
sufriendo desde entonces de una en una
cuantas penas han ambos encontrado;
y helas yo tolerado
con la esperanza sola
de que esto me acrisola
para alcanzar después aquel tesoro
rico sobre la plata y sobre el oro

que viene de las Indias a la España:
Filis, que humilde adoro,
gloria del Tormes, luz de su cabaña.
Mas, ¡ay!, que ha de negarme también esto
aquel que por tan áspero camino
me trae y me revuelve con fiereza,
y yo le sigo pobre y peregrino,
sin serme trabajoso ni molesto
lo estrecho de la senda y su aspereza.
¡Oh Amor! ¿Por qué extrañeza
me eres tan riguroso,
siendo tú tan sabroso,
tan dulce como miel, tan regalado
como a las ovejuelas es el prado
cuando aparece por abril florido
convidando el ganado?
¿Cómo en tan fiero enojo te he venido?
¿Hete yo resistido, ni mi cuello
tu yugo sacudió del primer día
que tú, aun siendo yo niño, me lo echaste?
¿No lo tomé con gusto y alegría?
¿Algún tiempo perdiste por ponello?
¿Rompí el lazo después con que le ataste?
Pues ¿por qué te mostraste
tan cruel y tan bravo
con un humilde esclavo
que se ofreció con gusto a la cadena?
Padezcan tu rigor por digna pena
los necios que llevarla han resistido;
pero en mí, ¡cuál condena
que te haya como siervo obedecido!
Pues vuélveme a mi bien, vuélveme luego
al servicio de aquélla por quien vivo,
por quien muero y me abraso en mil amores.
Hállete esta vez sola compasivo,
y muévate a piedad mi humilde ruego
y mi largo penar y mis dolores.
¡Ay!, ¡ay!, que son mayores,
y con rigor más fuerte
solicitas mi muerte.
¡En qué fuego tan crudo estoy ardiendo!
En lágrimas mi pecho derritiendo
se va con el dolor, y yo las lloro,
y estoy aquí muriendo
tan lejos de la ninfa a quien adoro.
¿Habrás algún amador que haya sufrido

dolores que a los míos se comparen
o penas que se igualen a esta mía?
De hoy más, los que afligidos se miraren
reparen cuanto yo los he excedido,
y hallarán en sus males compañía,
y hallarán alegría
en el lance postrero,
y hallarán compañero
que los consuele cuando estén penando
y, en sus pequeños males reparando,
diga con débil voz y flaco aliento:
«No estéis así llorando,
que aun es mayor, zagales, mi tormento».
¡Oh zagala querida de mis ojos,
mi vida y mi regalo y mi alegría!,
por ti acabo, señora, y por ti muero;
recibe este suspiro que te envía
mi corazón, recibe estos despojos,
tristes despojos de dolor tan fiero,
recibe este postrero
adiós de un alma triste
que en otro tiempo viste
de gloriosa alegría rodeada,
cuando de ti se vido estar colgada,
mirando en tu semblante su contento;
mas ora, ¡ay!, angustiada,
muere lejos de ti y en tal tormento.
Adiós, zagala, de tu Tormes gloria;
adiós te queda, y del afecto mío
acuérdate algún día menos fiera;
no dure, muerto yo, tanto desvío;
débate haber de mí alguna memoria,
y me será la tierra más ligera.
Adiós en mi postrera
dolorosa jornada...
Adiós, Filis amada...
Adiós, mi bien..., adiós... Por ti he vivido
y mil fieros dolores he sufrido...
Por ti muero de amor..., me siento yerto...,
mi pecho se ha oprimido...

POETA

Esto dijo el pastor y quedó muerto.

Tirsi, su amigo, en pos de sus ovejas
venía el valle arriba, cuidadoso,
por su zagal cuitado preguntando;
y oyendo aquel suspiro doloroso,
aquel último llanto, aquellas quejas,
de susto queda y de pavor temblando.
Luego, a un lado mirando
y a su Batilo viendo,
a él se llega corriendo
y abrázase al amigo, y sobre él llora
y a los dioses del campo humilde implora,
y así le dice, en lágrimas bañado...
Pero el cantar ahora
a vos sólo. Piérides, es dado.

TIRSI

¿Qué es esto, dulce amigo? ¡Ay!, ¿cuál veneno,
cuál súbito dolor o qué accidente,
o qué fieros hechizos ponzoñosos
así te me han parado de repente?
¿No te vi yo en el valle sano y bueno
cantar bajo los árboles coposos,
y con tonos sabrosos
entretener la siesta?
¿Y en aquella gran fiesta
que celebran de Pan los mayores,
en medio no te vi de los zagales
cual está en fresca orilla sauz lucido
que sobre sus iguales
se levanta más verde y más florido?
Pues, ¡ay!, ¿cómo ora estás de esta manera,
amarilla tu cara y ensuciada,
y tus ojos sin luz y tan llorosos,
y tu boca marchita y demudada
que de carmín y rosas antes era,
y tristes tus suspiros y dudosos?
¡Ay!, ¡ay! ¡Cuán dolorosos
anuncios de tus males
y cuán ciertas señales
de lo que el corazón me había ya dado
en ti mirando estoy, zagal cuitado!
¡Oh, hubiérale creído mi deseo,
y te hubiera librado

del doloroso trance en que te veo!
Porque lleno yo ya de mil temores,
que siempre mucho teme quien bien ama,
de ti le consulté y él así dijo:
«Batilo oculta de su amor la llama
y calla de su ausencia los dolores,
mas harale morir su mal prolijo».
Pero ¿por qué me aflijo
en volver a acordarme
de lo que he de olvidarme?
Bien claro lo decía tu tristeza,
por más que la ocultabas. ¡Oh crudeza,
oh crudeza de Amor; tú le has matado,
y cierto en su braveza
un magnífico triunfo habrás ganado!
Habrás ganado, Amor, eterna gloria
en haber muerto a hierro un inocente
y mil flechas clavar en un rendido.
De hoy más se extenderá de gente en gente
tu nombre, tu poder y tu victoria;
y más reverenciado y más temido
serás que hasta aquí has sido,
y en eternas canciones sonarán tus acciones
y serás dignamente celebrado,
que quien es tan valiente y tan osado
que da la muerte al que rendido tiene,
merece ser loado
y que su nombre eternamente suene.
¡Oh cuitado zagal, que Amor te ha puesto
en el mísero estado en que te veo,
y él causa ha sido de tan gran tristeza,
y tú de su rigor eres trofeo!
¿Quién podrá con paciencia sufrir esto,
ni tanta sinrazón, ni tal crudeza?
¡Oh bárbara fiereza!
¡Oh atrocidad no oída
contra una tierna vida
y un inocente pecho! ¡Oh amigo amado,
ya no queda a tu Tirsí desdichado
sino lágrimas sólo de amargura;
mi gloria se ha acabado,
y empieza mi dolor y desventura!
¡Oh amado amigo!, ¿cómo así te fuiste
sin decirme tu amor y tus dolores?
¿Por qué de tanto mal no me avisaste?
¿Ésta fue la amistad y los favores

que en vida tan crecidos me hiciste
y la sencilla fe con que me honraste?
¡Ay!, ¿por qué me negaste
el abrazo postrero,
y que al decir «Yo muero»
Tirsis cogiera tu postrero aliento
y le diera en su pecho un digno asiento?
¿Por qué este corto alivio aun me has negado
en tanto sentimiento
como acá con tu muerte me has dejado?
¿Hubo en mí alguna culpa, algún delito,
para olvidarme así tan crudamente,
negándome este don tan merecido?
¿Mi pobre choza no te fue patente
cuando volviste mísero y aflito?
¿En ella fuiste acaso mal servido?
¿No fuiste, ¡ay!, asistido
con el queso y manteca y con la fruta seca
que el huerto del arroyo nos criaba?
¿El cabrito en la mesa no sobraba,
la miel y los panales regalados,
y cuanto me guardaba
Telis para los días señalados?
Pues, ¿cómo, mi Batilo, fuiste ingrato?
¿Por qué olvidaste tanto beneficio
como Telis y Tirsi aquí te hicieron?
Si fue para dejarme en ejercicio
mi sencilla amistad con tan mal trato,
tus vanos pensamientos te mintieron.
Mas tus dolores fueron
los que te enajenaron
y a obrar te precisaron
de un modo tan contrario que debiera.
¡Oh dolores de amor!, ¿qué cruda fiera
obrar pudiera lo que habéis obrado,
haciendo que así muera
el zagal más cortés de todo el prado?

POETA

De Tirsi aquí llegaba el triste acento,
cuando viendo a Damón que hacia la aldea
iba ya sus cabrillas ladeando,
le ruega si molesto no le sea

que el cuerpo del amigo con gran tiento
alzasen en los hombros descansando.
Luego, ambos sollozando
cogen al moribundo,
y con dolor profundo
toman muy poco a poco su camino
por do guiaba al hato más vecino;
y yo, que tal desdicha estuve viendo
y amor tan peregrino,
paso a paso también los fui siguiendo.